

XIV

DE FRANCESCA Á PAOLO

«Esta noche á las once te espero en la puerta que da á la alameda. Necesito hablarte por última vez.

Ven. Va en ello mi vida y la tuya. ¡Maldito seas si no vienes!»

O.

■■■■■■■■■■

MARCHA HEROICA

Con un deletreo infantil, lleno de dulzura y de ingenuidad, leía Nila las sílabas, separadas por negros guiones que Nicanor le iba señalando con el dedo. Leía en aquellas cuartillas escritas por él mismo, en las cuales había imitado, para mejor comprensión de su discípula, la letra de imprenta del cuerpo seis.

— So-lo el á-gui-la su-be á las nu-bes.

Prestaba á la lectura una atención profundísima. Nicanor, por su parte, no separaba la vista de su educanda, queriendo sorprender en ella, sin duda, la menor señal de fatiga.

— Na-da pue-de ha-ber co-mo el a-mor de la ma-dre.

— ¡Esto sí que es verdad! — dijo Nila alzando la cabeza y mirando á su tierno pedagogo con infi-

nita ternura. — No hay amor como el de una madre; y, sino, aquí estoy yo para demostrarlo.

Había en su voz, á más de la ternura, la seguridad, el aplomo de quien es dueño de su razón. Nadie hubiera reconocido en aquella mujer limpia, aderezada, que se expresaba con tanta claridad y firmeza, á la loca que, dos meses antes, acertaba apenas á balbucir frases incoherentes y gritos inarticulados.

— Sí, Nila, sí — contestó Nicanor, después de suspirar fuertemente. — Y yo también estoy á tu lado para mostrar que tu cariño será siempre recompensado con creces.

— Llámame madre — interrumpió Nila acariciando la hermosa cabeza del rapaz. — ¿Es que no te gusta?

— ¡Sí, madre, sí! — repuso Nicanor con precipitación. — ¡Madre te llamaré una y mil veces!

En su mirada se leía el dolor y el sacrificio. Verdaderamente el silabario decía bien: sólo el águila sube á las nubes.

Estaban en una habitación reducida, pero blanca y aseada en extremo. Por la ventana abierta entraba el aire fresco y vivificador de una espléndida mañana de otoño y, con él, una luz radiante, clarísima, que se reflejaba en el rostro de Nila, resplandeciente ya de felicidad.

Vivían pues juntos. Y no era esto solo. Pasado que fuesen algunos días, debían partir para Barce-

lona, en donde recibirían regularmente una pensión que les permitiría vivir con modestia y sufragar los gastos de la carrera de Nicanor, quien había elegido la de ingeniero.

¿Quién había realizado aquel milagro? Enrique, quien, al saber que Nila había encontrado á su hijo, sintió avivarse sus remordimientos y temió ser descubierto si no la alejaba de allí cuanto antes. Para que no se supiera que él mediaba en aquel asunto, encargó á don Federico, médico de Hontanera, persona de su entera confianza, el cual le asistía en su enfermedad, que depositara una cantidad en la sucursal del Banco, en el primer viaje que hiciera á la capital de la provincia, á nombre del niño, autorizando á Petronila para cobrar los intereses.

Al obrar así no procedía Enrique sino muy cuerdate. Nada temía por parte de Nila, porque era seguro que, cuando, después de tanto tiempo de permanencia en el pueblo, no le había denunciado ni había referido lo ocurrido á persona alguna, este solo hecho demostraba que había olvidado en su locura cuanto á aquel suceso hacía referencia. En cambio lo temía todo del chico, del cual sabía que, estando en el pueblo, no dejaría de interrogar á todos acerca de su origen. ¿Quién le aseguraba además que el cura no quebrantaría un día el secreto de la confesión? Decidió, pues, alejar á la madre y al hijo para siempre. También,

en cuanto á la pensión, le determinó á fijarla el horror de sí mismo y la idea de que no debía dejar morir de hambre al hijo de su hermano, sin ser doblemente criminal.

Supo Nicanor todo lo que pasaba por boca del médico, quien se reservó el nombre del generoso donante, limitándose á decir al muchacho que había recibido varias cantidades en fideicomiso para invertirlas en obras benéficas, de un moribundo que le encargó el mayor secreto. Le exigió asimismo que, por su parte, no hiciera gestión alguna para averiguar de quién procedía tan espléndido donativo.

Algo dura pareció á Nicanor la condición; pero, como era única y nada se le exigía censurable, aceptó, principalmente por dos razones: por poder atender y cuidar á Nila y por realizar su sueño dorado de estudiar y llegar á ser hombre de provecho.

Sospechó que Enrique fuera su bienhechor; pero se guardó muy bien de decirlo á Nila. En primer lugar, sabía que él no era hijo de Nila ni de Enrique y que éste había figurado como actor en el drama que había privado de la razón á su madre adoptiva, á juzgar por la impresión que en ésta había producido la presencia de aquél y por las frases incoherentes que había pronunciado al oír su nombre. Recordaba haberla oído decir claramente, refiriéndose á Enrique ¡*Asesino!*; pero si lo

era del verdadero hijo, existía una razón de más para aceptar el socorro y callar. Aquel dinero serviría, al par que de indemnización á la víctima, de expiación y arrepentimiento al verdugo.

Hubiera contestado ó no Nila á sus preguntas respecto á Enrique, ¿á qué comprometer una curación tan radical y completa? Nila jamás hablaba de su pasado; parecía aun haber olvidado todos sus detalles. No sería él quien provocase una crisis que podía terminar lo mismo en la curación total, que en la recaída, que en la muerte.

Decidióse, pues, Nicanor á guardar la reserva que se le imponía. Entretanto, prodigaba á la desdichada los mismos cuidados y consuelos que la hubiera prodigado á ser su madre. Y le enseñaba á leer; le parecía que así podría crear entre ambos un lazo de verdadera y santa maternidad.

— To-do lo que pa-sa es bue-no, si lo sa-be-mos a-pro-ve-char.

— Basta, madre; basta por hoy. Estoy muy contento de ti. Si te aplicas como hasta ahora, dentro de un mes leerás lo mismo que yo.

— Y podré leer tus cartas, cuando tengas que separarte de mí. ¿No las podré leer? — dijo Nila abriendo sus ojos en que aún se adivinaba cierto estupor.

— ¡Ya lo creo! — contestó el herrerillo, — y, Dios mediante, podrás también escribirme.

— Pero tú no te separarás de mí nunca. ¿Ver-

dad que no? — preguntó la pobre mujer con angustia.

Acarició Nicanor sus cabellos y dijo con dulzura:

— No, madre. No te abandonaré.

¿Estaba verdaderamente curada Nila? No era fácil adivinarlo. Razonaba, comprendía, se explicaba con claridad completa. Pero no había manera de interrogarla acerca de su pasado sin que renaciera al punto su extravío. Mas, aun suponiendo que su locura hubiera cambiado solamente de forma, este cambio era tan beneficioso que equivalía á una curación. En vez de la alienación total, no se veía ya sino cierta vaguedad de ideas; en lugar de la desesperación y el continuo sobresalto, se hallaba un contento suave, un bienestar tranquilo. Si Nicanor no había devuelto á su protegida la razón, le había dado algo más codiciado: la felicidad.

— Yo no sé cómo ha sido esto — decía — de no saber lo que me ha pasado en mucho tiempo. Creía que todo el mundo me perseguía para matarme. ¡Y sí: me perseguían!

— Tranquilízate y deja recuerdos desagradables.

— Sí; me perseguían. Todo el mundo quería hacerme daño; y por la noche, andaban tras de mí unas sombras muy grandes, muy grandes, que me querían ahogar con unos brazos muy largos. Mu-

chas veces me ponían la mano encima de la garganta y me apretaban mucho y yo creía que me iba á morir.

El niño miraba á la loca con profunda misericordia.

— Luego mi hijo... ¿Quién es mi hijo? — siguió la loca en cuyo cerebro las ideas se trastocaban y confundían.

— ¡Yo! — contestó enseguida el aprendiz.

— Pues bien, tú, llorabas siempre en el barranco y yo no sabía... ni sé... qué hacías allí. Pero te cogía en mis brazos y te dormías luego, mientras yo te mecía. Hasta que cantaba el autillo y despertabas otra vez. Y el pájaro quería también llevarte sin ver que eras mi hijo. Porque tú eres mi hijo ¿no es eso? Y no te llamas Nicanor. Te llamas... espérate que me acuerde...

— Olvidalo todo — interrumpió el muchacho.

— Ya sabes que el señor cura me ha recomendado que no hagamos averiguaciones acerca de lo pasado; y sólo con esta condición nos ha ofrecido la pensión don Ricardo el médico. ¿Qué importa que nadie sepa que eres mi madre si tú y yo lo sabemos?

— ¡Sí, lo sabemos!... — afirmó Nila, repitiendo casi maquinalmente las palabras del niño.

¡Ah, qué piadoso engaño y qué difícil de sostener! Y al menor descuido toda aquella obra hermosa podía desmoronarse y Nila volvería al dolor,

á la desesperación, á la locura impulsiva. Había que evitarlo, y el único medio de conseguirlo era rehuir toda conversación que recayera sobre el pasado. Esto era hacedero, porque la misma enferma parecía complacerse en olvidar su propia historia. Pero, en el pueblo, todos querrían saber por qué Nila llamaba hijo al herrerillo. Era, pues, conveniente partir cuanto antes y evitar así toda peligrosa contingencia.

— Pasado mañana saldremos del pueblo — dijo el muchacho. — Y dentro de cuatro días podremos estar en Barcelona.

Lo dijo con acento pausado y triste. Pensaba que perdía para siempre la esperanza de encontrar á su verdadera madre. Además sentía profundo dolor al separarse del señor Juan y de la buena señora Catalina, á quienes había llamado padres siempre. Recordaba que al notificarle su partida, ambos habían llorado, y los niños, abrazándose á sus rodillas, le habían dicho con inflexiones de ternura y cariño: *¡No te marches, Tanor!*

Pero él partiría. Lo exigía así su porvenir ahora asegurado; iba en ello la salud, la vida quizá de aquella infeliz alienada. Pero sabía que había de recordar con melancólica pena todos los sitios en que su infancia se había deslizado. La misma fragua, tan alegre los días de labor con su martilleo que engendraba ramilletes de chispas y el canto de Juanillo; tan triste los días de

asueto, con sus rincones negros y solitarios en que tantas veces había llorado su orfandad é infortunio. Todo lo había de echar de menos. Hay en los lugares que vieron nuestra infancia algo que nos hace inolvidables. Les hemos visto con *otros ojos*; con aquellos ojos que aun no sabían mirar con recelo, que no estaban hundidos de tanto llorar ni apagados de tanto contemplar horrores y miserias. En ellos aun parecen vagar las sombras de los seres que hemos perdido y de los proyectos que han brotado de nuestro cerebro infantil. Bastaría escuchar á veces un solo acorde, aspirar un leve y delicado perfume, para representárnoslos con esa melancolía intensa de las cosas ya lejanas, ya muertas, ya imposibles, pero que han palpitado con nosotros y han sido alumbradas por una luz que ya nunca volveremos á encontrar encendida.

Nila habíase quedado callada y suspensa. Nicanor meditaba también, evocando todas sus alegrías de niño, todas sus nostalgias de adolescente.

En aquel momento la puerta se abrió.

Se abrió y entraron en tropel, Pepe, Luis, Felipe, Benita, toda la patulea de Catalina. Y detrás ella misma enjugando sus ojos con un pañuelo. Y más allá, Juanillo, que disimulaba con una forzada sonrisa su inquietud violenta.

— *¡Tanor!*

— *¡Hola, Tanor!*

Saltaban los niños alrededor del joven, como

los afluentes del Nilo en torno del coloso, en la célebre escultura del Louvre.

— Venimos por vosotros para almorzar juntos — dijo Juan en tono cariñoso. — Conque ¡ea! ¡Coged vuestros bártulos y andando!

Se cruzaron besos, sonrisas y apretones de manos. Luego salió la chiquillería; detrás Juan y Catalina, y cerrando la marcha Nila y Nicanor. La sierva del dolor redimida, se apoyaba en los hombros del muchacho con toda la pasión, toda la radiante alegría de una madre feliz y satisfecha. Él caminaba con los ojos bajos, pensativo, pero llevando en el semblante la grandeza del sacrificio generoso y consciente y la placidez y dulzura de quien, amando, cumple con el propio deber.

■■■■■■■■■■

XVI

FRENTE Á FRENTE

Estaba solitario el camino y oscuro, á pesar de resplandecer en el cielo la luna llena. Pero la gigantesca copa de los álamos, apenas si dejaba penetrar por entre sus ramajes un mariposeo de luz. A un lado, más allá de la fila de árboles y á todo lo largo de la alameda, se alzaba una cerca de ladrillo, sobre cuyas bardas rebosaban el verdor lujuriente de las acacias y la frondosidad de los plátanos. Era una soledad augusta, un silencio embalsamado de caléndulas, nardos y myosotis. De pronto vibraron en el aire los débiles ecos de un reloj lejano de torre. A sus graves notas parecieron despertar esos ruidos casi imperceptibles del campo, que forman una grata armonía en que los acordes son débiles susurros de hojarasca y las cadencias vibrar de coseletes de insectos y los arpeggios apagadísimos ecos lejanos que no se sabe

si son gnomos que cantan ó coros angélicos que rezan.

Cuando aún se desvanecía en los aires el eco de la postrera campanada, primero como una vibración intensa y sonora, luego como la nota prolongada de una garganta varonil y, por fin, como un débil bordoneo, abrióse una puerta medio oculta en la cerca y una silueta femenina apareció en su estrecho dintel.

Miró á ambos lados del camino y permaneció inmóvil durante unos segundos. Después desapareció en la sombra.

Una figura surgió al final de la alameda y se fué acercando, acercando, recatándose al par junto al muro. Proyectaba en el suelo una larga sombra. Por fin internóse en la de los álamos, y la puerta, medio oculta en la cerca, se abrió.

Se abrió silenciosa, mansamente, como se abren todas las puertas que conducen á la caída. Se abrió y una figura de mujer mostróse un punto, para asir de la mano al recién llegado y arrastrarle tras sí á la penumbra del jardín.

Parecía éste más frondoso, más sombrío, más grande que nunca en aquella embalsamada noche nupcial. Silencioso el visitante, se dejó llevar hasta un banco de piedra, cubierto de pétalos. Allí se despojó de su sombrero flexible y se enjugó con un pañuelo el sudor de su frente, ancha, morena, ornada de negros cabellos, terriblemente

hermosa. Aquel hombre con su traje sencillo y negro, lo mismo parecía un cazador que un viajero, un artista que un misionero fanático.

Ella oprimió nuevamente su mano y murmuró apasionadamente á su oído:

— ¡César!

No contestó sino con un estremecimiento nervioso. Parecía tener en su garganta el dogal del ajusticiado ó del mártir.

— ¡César! — repitió Octavia aun más dulcemente.

Entonces el penitente habló.

— Me has llamado con dolor y angustia y he conocido que podía servir mi presencia para salvar un alma. Pero es esta la última entrevista que he de tener contigo. ¿Lo has entendido bien? ¡La última! Ahora, en el nombre de Dios, dí lo que quieres.

Suspiró Octavia, y luego, con resolución y firmeza, habló de esta suerte:

— Presiento que no vas á entenderme, porque habla en ti la reflexión y en mí grita el instinto. Pero necesito llamar por última vez á tu corazón. ¡César, yo te amo; pero te amo con tal frenesí que no hay ley ni divina ni humana que pueda detenerme en el abismo á que yo misma me precipito! Tú me quieres también...

— No. No te quiero — interrumpió fríamente el sacerdote. — Yo sólo amo á Jesús mi Salvador.

— No sabes con qué afán, con qué suprema angustia — siguió la enamorada como si no le hubiera oído — te estaba esperando. Pero había algo en mi interior que me gritaba que vendrías. Además era tu deber. Llamado por una mujer á la cual has amado y amas aún, aunque tú mismo quieras engañarte, tenías que venir, para rodar con ella al abismo, para perdonarla, para maldecirla, para venir á escuchar de sus labios el último acento de desesperación y la última súplica.

— He hecho mal en venir — contestó el penitente. — Tu voz suena en mi oído como algo infernal; es el grito desgarrador de lo humano, luchando desesperadamente contra lo eterno. Y yo, Octavia, me he consagrado ya á lo que jamás hace traición, á lo que nunca muere. Pero no he podido, lo confieso, renunciar á escuchar tu peregrino acento por última vez; á mirar en tus ojos todo un pasado que me estremece, y á sentir en tu aliento cálido el viento abrasador de las ardientes selvas que en mi vida he tenido que atravesar. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que aun te quiero? ¡Desdichado de mí! Sí: te quiero aún. Siento que no puedo arrancarte de mis entrañas, que llevan el sello de tu grandeza como lleva el esclavo el nombre del amo grabado en la argolla. Comprendo que para olvidarte del todo, será necesaria la misma muerte; pero sé también que he renunciado al mundo, á la felicidad. ¿Por qué rendirnos

así, ciega, brutal, inexorablemente, á la ley del amor?

— ¿Por qué? — dijo Octavia exaltándose. — Porque todo se rinde. Mira esas plantas y verás cómo se reproducen; escudriña los surcos y verás cómo hacen eclosión las semillas; registra los ramajes y sentirás la palpitación de los nidos; alza la cabeza al tachón de la noche serena y verás cómo ruedan para asociarse los mundos. No eres tú, no soy yo. ¡Es todo quien ama!

— ¡Calla!

— La vida sin el amor humano sería un egoísmo brutal. La misma eternidad infecunda sería miserable y odiosa, porque lo es siempre el placer sin desvelo y la dicha sin sacrificio. Porque, ante ese templo de la Naturaleza que es vida — y señalaba el bosque; — bajo esa cúpula gigantesca — y mostraba el espacio centelleante, — ante ese universo que nos rodea y en cuyo seno somos, no es lícito defender el aislamiento estéril y la castidad inhumana.

— ¡Desgraciada! — dijo César con dolor verdadero. — ¡Has caído en la impiedad después de despeñarte en la culpa!

— No lo sé — contestó la desdichada, — aunque bien presumo que no; porque no me guía el odio, ni la maldad, sino el amor. Sí, César, el amor; el amor tuyo, sin el cual no puedo vivir.

César se levantó.

— No puedo escucharte — dijo. — Es más, después de oírte, no es ya amor lo que experimento por ti. Es horror invencible y fatal. No sólo te hundes, sino que pretendes arrastrarme al abismo.

Octavia le asió fuertemente de un brazo.

— ¡No; no puedes marcharte así! César: yo sé que me has amado con locura, que por mí hubieras sido capaz de todo, hasta del crimen. No es creíble que pase el amor por el corazón de los hombres, como el agua por las fuentes de mármol, sin dejar huella. Estás sosteniendo una lucha en la que, al fin, serás vencido. Yo estoy arrojando á diario el deshonor y la misma muerte. Tú no puedes querer que por ti pierda, con la felicidad y el descanso, la vida. Huyamos juntos. Á las cuatro sale el tren de Hontanera. Tengo preparado un caballo y en el seno letras por valor de veinte mil duros. Podemos huir al extranjero, á donde las leyes civiles no hagan santo el matrimonio infecundo, ni se condene á las mujeres á la esterilidad; á donde la fe no excre el amor y á donde los hombres, para ser santos, no tengan primero que ser fieras.

Era un delirio incomparable el de Octavia. Su cabello negro se había desprendido sobre su espalda en ondas lujuriosas; su pecho se alzaba á impulsos de un aliento fatigado por la emoción; sus ojos brillaban como dos carbunclos; sus labios

se entreabrían como los pétalos de un clavel de fuego.

César no se rindió.

— Si eso hiciera — la dijo, rechazándola blandamente, — merecería yo la execración de Dios y de los hombres. ¡Ciega! ¿Por qué quieres analizar los mandatos de Quien todo lo sabe, de Aquel que te ha creado y puede anonadarte? ¿Qué sabes tú de leyes divinas y humanas? Lo que tomas por culto á la Naturaleza, no es sino una muerta ficción pagana, soterrada ya bajo el polvo que ha regado después la sangre del Justo y de infinitos mártires. Lo que tú juzgas voz divina, no es sino el grito de la carne, la odiosa lascivia que te precipita al abismo. Humíllate; pide perdón á Dios. Reflexiona que hay en mi corazón brasas aun no apagadas, rescoldos aun calientes, cenizas que todavía humean y que tu voz es la tentación que me abrasa, que hace revivir todos esos fuegos extinguídos. ¡Piensa cuánto eres culpable cuando comprometes mi salvación y me expones á perder en una hora lo que tal vez hubiera conseguido alcanzar después de tantos meses de sacrificios!

Hubiera podido escucharse rumor de ramajes. César y Octavia no oían sino la voz interior que les excitaba al combate. Porque aquel era un combate sin tregua, y en el ambiente mismo parecía vibrar un fragor de lucha.

— César — dijo sollozando la infeliz, — ¿te

acuerdas? ¿Cuántas noches no me has repetido en las sombras que me amarías siempre? ¿Cuántas veces no me has jurado que por mí serías capaz de olvidar á tu madre misma, de faltar á tus compromisos más solemnes, de renunciar á tu felicidad en esta vida y á tu perpetua salvación en la otra? Cuando volviste, temí que, al hallarme casada, me dieras la muerte. Hoy la deseo de tus manos. ¡Mátame, pero no me desprecies! Al ser herida por ti, me parecería que el amor era quien te llevaba á sacrificarme y te bendeciría al morir, porque no puedo verte frío sino apasionado, despreciativo sino lleno de amor ó de celos. Vuelve á ser lo que fuiste. ¡Mira que yo me pierdo, que conozco que voy á descubrirme, que soy capaz de matarme yo misma y que habrás de sentir entonces cómo mi sangre cae sobre tu cabeza!

— ¡Ah, déjame por Dios! — gimió el desdichado. — Yo rezaré por ti.

— ¡No! — gritó fuera de sí Octavia. — ¡Yo no quiero tus rezos! ¡Yo quiero que despiertes de tu locura y vuelvas á esa ley del amor que viene de allá arriba!

Con su mano temblorosa señaló al cielo. La luna se había ocultado tras una nube y en el azul esmalte fulguraban con deslumbrante esplendor los astros.

El aliento de ambos era sofocado, como el de los combatientes enardecidos, á quienes la fatiga

sorprende y ahoga. Sin embargo, la lucha no había terminado, ni era posible en aquella desesperada contienda decidir quién habría de quedar vencedor.

■■■■■■■■■■